

Testigos de la vida

Tema de reflexión
ANFE Octubre 2017

Alfonso López Menéndez
Consiliario Nacional de ANFE

Cuidar la vida. Así hemos pasado el curso que cerramos en verano: los signos, las oraciones, los gestos... nuestras celebraciones encierran un misterio mucho más profundo, una presencia que es vida, la Vida plena. No son gestos vacíos o caducos, sino que transmiten, contagian la Pascua.

Es en nuestra experiencia de Dios donde podemos disfrutar de la oración: el estar íntimamente unidas a Aquel que tanto nos ama. No es un amor "sin-sentido", es un amor "con sentido", un dialogo fecundo que implica a la persona entera: es amar para poder dar frutos de Pascua, de vida que nunca acaba. Por eso de la oración brota después nuestro actuar, nuestro afrontar los retos de cada día. Amor *consentido*: porque la iniciativa parte de Dios que espera la respuesta del hombre; y amor *con-sentido*, porque es un amor que redime, sacerdotal: que se ofrece por la salvación del mundo, amor profético que anuncia, clama, con palabras y obras la grandeza de un amor que ha vencido el mal, la muerte.

Pero cada celebración cristiana exige: no podemos permanecer como meros espectadores, está reclamando nuestra propia entrega. Aquello que celebramos nos transforma, nos envía como apóstoles de la Pascua. Celebrar la fe -en el amor, como Iglesia- no puede terminar más que con el envío. "Ite, missa est; *Id, la misa ha terminado*": continuadla vosotros con vuestra vida en cada rincón del mundo.

"Este íntimo estar con Dios y, por tanto, la experiencia de la presencia de Dios es lo que nos permite experimentar continuamente, por decirlo así, la grandeza del cristianismo, y luego nos ayuda también a atravesar todos los pequeños detalles en los cuales, ciertamente, debemos vivirlo y realizarlo día a día, sufriendo y amando, en la alegría y en la tristeza.

Desde esta perspectiva, a mi entender, se ve el significado de la liturgia también precisamente como escuela de oración, en la que el Señor mismo nos enseña a orar, en la que oramos con la Iglesia, tanto en la celebración sencilla y humilde con unos cuantos fieles, como también en la fiesta de la fe. Ahora, en las diversas conversaciones, he vuelto a comprobar precisamente cuán importante es para los fieles, por una parte, el silencio en el contacto con Dios y, por otra, la fiesta de la fe; cuán importante es poder vivir la fiesta." (Alocución del papa Benedicto XVI a los obispos de Suiza, 9 de noviembre de 2006).

"Deseo ser santa, pero siento mi impotencia... os pido, Dios mío, que vos mismo seáis mi santidad" (Teresa de Lisieux). Ciertamente la oración nos supera: somos una pequeña gota en el mar inmenso de Dios. Pero es Dios mismo quien viene a nuestro encuentro para transformarnos, recibimos el Cuerpo de Cristo para que Él habite en nosotros: "La verdad es inmutable, la verdad es el pan que alimenta a las almas; sin menguar, transforma a quien la come; no es ella la que se convierte en el que la come; El Verbo de Dios es la misma verdad, Dios en Dios, Hijo unigénito, que por nosotros se vistió de carne, naciendo de María, Virgen, para cumplir la profecía que dice que la verdad nació de la tierra" (San Agustín, Comentario al evangelio de Juan 41,1).

Es en este sentido cuando las palabras de María encierran toda la grandeza de quien las pronunció llena del Espíritu Santo: "Hágase en mí tu voluntad". "Este

"hágase" no es sólo aceptación, sino también apertura confiada al futuro. ¡Este "hágase" es esperanza! María es la madre de la esperanza, la imagen más expresiva de la esperanza cristiana. Toda su vida es un conjunto de actitudes de esperanza, comenzando por el "sí" en el momento de la anunciación. María no sabía cómo podría llegar a ser madre, pero confió totalmente." (Papa Francisco, 21 de noviembre de 2013).

De ahí que la celebración cristiana nos lleve al envío, al testimonio. Pero sin olvidar que el motor de nuestras vidas ha de ser la esperanza. No es cambiar el mundo por cambiarlo: ¡es transformarlo completamente! El pecado es el culpable de la infección, no se trata de una simple cura, hay que transformar completamente a la persona: *"el cristianismo no era solamente una «buena noticia», una comunicación de contenidos desconocidos hasta aquel momento. En nuestro lenguaje se diría: el mensaje cristiano no era sólo «informativo», sino «performativo». Eso significa que el Evangelio no es solamente una comunicación de cosas que se pueden saber, sino una comunicación que comporta hechos y cambia la vida. La puerta oscura del tiempo, del futuro, ha sido abierta de par en par. Quien tiene esperanza vive de otra manera; se le ha dado una vida nueva.*" (Benedicto XVI, Encicl. Spe Salvi, 2).

Cuidar la vida es, pues, transformar desde Dios a la misma persona. Aquí radica la importancia de realizar las cosas tal como la Iglesia las trasmite: No somos creadores de la fe, sino meros continuadores de la misión apostólica, unidas estrechamente a nuestros obispos. Cuidar la vida es ser Iglesia, construirla desde la comunión, hacerla efectiva en el amor.

¿Cómo puede ser esto posible en ANFE? Cuidando lo que somos, el regalo que Dios ha regalado como vocación en nuestras manos. Adoración, presencia viva, amor "consentido" que se prolonga en altas horas de la noche, como Iglesia que vela, que permanece unida día y noche a su Señor. Y todo como femenina: somos como aquella María Magdalena. *"Precisamente porque fue testigo ocular de Cristo Resucitado, fue también, por otro lado, la primera en dar testimonio de él ante los apóstoles. Cumple el mandado del Resucitado: "Anda, ve a mis hermanos y diles... María la Magdalena fue y anunció a los discípulos: He visto al Señor y ha dicho esto" (Jn 20, 17-18). De este modo se convierte, como ya hemos indicado, en evangelista, es decir, en mensajera que anuncia la buena noticia de la resurrección del Señor; o, como decía el mismo Rábano Mauro y Santo Tomás de Aquino, en "apostolorum apostola", porque anuncia a los apóstoles lo que a su vez anunciarán ellos por todo el mundo"* (Card. Arthur Roche, comentario al Decreto de la Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos, 3 de junio de 2016).

Cuidar la vida, celebrar la fe: sentirse llena de Dios que nos envía, con su fuerza, a anunciar la esperanza, sintiéndonos parte de la Iglesia, como María Magdalena, apóstoles de la Resurrección.

"Somos caminantes, no errantes. Somos peregrinos pero no vagabundos - como decía san Juan Pablo II. Los dos discípulos de Emaús en la ida eran errantes, no sabían dónde terminarían, pero al regreso ¡no! al regreso eran ¡testigos de la esperanza que es Cristo! Porque lo habían encontrado a Él, el Caminante resucitado. Este Jesús que camina con nosotros está aquí. Jesús hoy está aquí con su Palabra, camina con nosotros. También nosotros podemos convertirnos en "caminantes resucitados" si su Palabra enciende nuestro corazón, y la Eucaristía nos abre los ojos a la fe y nos nutre de esperanza y de caridad. También nosotros podemos caminar junto a los hermanos y hermanas que están tristes y desesperados, y encender sus corazones con el Evangelio, y partir el pan con ellos, el pan de la fraternidad." (Papa Francisco, mayo 2014)